

INTRODUCCIÓN

Estado moral y religioso de Italia y sus vicisitudes
en la época del Renacimiento

Estado moral y religioso de Italia y sus vicisitudes en la época del Renacimiento

El siglo xv, mayormente su segunda mitad, y los comienzos del xvi, fueron para Europa en general, y particularmente para Italia, una época de transición de los antiguos modos de ser á otra totalmente diversa disposición de las cosas. En todos los órdenes de la vida obróse una profunda transformación, en la cual se manifestaron los más rudos contrastes; por manera que lo político y lo social, la literatura y el arte, y aun los negocios eclesiásticos, hallábanse en estado de fermentación que presagiaba el alborear de un nuevo período.

Al paso que los grandes descubrimientos ultramarinos dilataban por no imaginada manera los horizontes de la Humanidad, en los dominios de la inteligencia abría también la dirección cultural del Renacimiento sendas inexploradas á un nuevo mundo. En uno y otro orden de históricos acaecimientos tuvieron los italianos una parte eminente; y en el renacimiento literario y artístico á ellos se debe el principal impulso. Atónita contempla la posteridad la muchedumbre de distinguidos eruditos y artistas que florecieron en la Italia de entonces, con una abundancia que por ventura no reconoce igual en la historia de la Humanidad, fuera del siglo de Pericles.

A la exuberancia de vida intelectual, correspondía el florecimiento de la material cultura. «Con sus campos hermosamente

cultivados, extendiéndose hasta las más altas cimas de los montes, y sujetos sólo á sus señores naturales, rebosaba Italia, dice Francisco Guicciardini, de gente, de mercaderías y de riquezas. Numerosos y magnánimos príncipes ilustraban aquella tierra bienhadada, á quien se otorgó el particular privilegio de poseer el centro de la Iglesia» (1).

En este cuadro, que del estado de Italia en 1490 traza el gran historiador, déjase aparte el reverso de la medalla; señaladamente la decadencia política, que tan pronto había de acarrear en pos de sí la descomposición de tan hermosas provincias. Cabalmente en la segunda mitad del siglo xv, se ofrece al atento observador una terrible corrupción en las relaciones políticas de Italia. De mano en mano, había degenerado el arte de gobernar en un sistema de perjurios y traiciones, según el cual se tenía por simpleza y bobería el cumplimiento de los contratos; dondequiera había que temer la astucia y la violencia, y la sospecha y la desconfianza emponzoñaban el trato entre los príncipes y los Estados.

Con pasmoso cinismo recomendó Maquiavelo esta ciencia de gobierno, esta política de fuerza, la cual, sin miramiento alguno y como si no existiera ninguna coercitiva sanción, hollaba brutalmente las leyes de la justicia y la moral, y admitía como lícito todo linaje de medios, con tal que sirviesen á la consecución del fin apetecido (2). Este sistema destructor era el que abrazaban y seguían los grandes señores de aquella época: Francisco y Ludovico Sforza, Lorenzo de' Médici, Alejandro VI y César Borja, lo propio que Ferrante de Nápoles.

En lo militar fué aquél el siglo de los capitanes aventureros, llamados *condottieri*, los cuales acrecentaban la confusión. Porque no iban á la guerra ejércitos nacionales, á quien alentase el sagrado fuego del honor y el derecho, á defender la patria y el hogar, sino viles mercenarios que se alquilaban al mejor postor, aparejados á prestar hoy sus servicios al adversario de la víspera. Aquellas milicias eran verdaderas calamidades para el país, ya que los pueblos y los campos estaban, á la continua, amenazados de saqueos y asolamientos. Raros eran los grandes combates; pero de un cabo al otro del año duraban las escaramuzas y asonadas, los

(1) Guicciardini I, c. 1. Cf. Sismondi XII, 40 ss. Sobre la abundancia de dinero de los italianos, especialmente de los florentinos, v. Ehrenberg, I, 270 s.

(2) V. Hipler, *Geschichts-Auffassung* 72.

asaltos y pillajes de aquella codiciosa é indisciplinada soldadesca. Las historias de aquel tiempo nos refieren «sitios de miserables aldeas que duraron treinta días y batallas cuyas pérdidas fueron la de un hombre que se ahogó bajo el peso de su armadura». En la vida privada reinaban en muchos conceptos la inseguridad y arbitrariedad, las cuales degeneraban, en la administración de justicia, en dureza inhumana. Muchos administradores de la cosa pública no pensaban sino en estrujar los bolsillos de los ciudadanos, que las más de las veces no se hallaban en estado de defenderse de las crecientes cargas. Muchos de estos males sociales y políticos eran, á la verdad, comunes á los otros Estados de Europa; pero en ninguna parte como en Italia se habían erigido en sistema con tanta habilidad; en ninguna se habían extirpado tan de raíz los fueros y franquicias populares (1).

No es, pues, de maravillar que, al invadir Carlos VIII con su ejército francés el suelo italiano, nadie hubiera capaz de oponer resistencia á aquella avalancha. Por largos años el país más civilizado de Europa fué teatro de sangrientas guerras, y presa codiciada acerca de la cual sostenían una lucha de vida ó muerte Francia y España, que en aquella sazón habían llegado á alcanzar la unidad de las modernas monarquías y grandes potencias. El remate fué la ruina del sistema de los Estados nacionales italianos y la absoluta supremacía de España.

Añadíanse á las guerras las calamidades producidas por los elementos, las cuales traían en pos de sí hambres, miseria, desolación. Llenas están las crónicas del siglo xv de extraordinarias apariciones de cometas y trastornos atmosféricos, malas cosechas, inundaciones, terremotos y pestilencias (2). Con el nombre de *peste*, que el vulgo designaba con el de muerte (*la moria*), se com-

(1) Reumont, Caraffa I, 23; cf. Burckhardt, *Cultur I*, 85 s., Pöhlmann 17, 140 y Gisi 4.

(2) Schnurrer II, 7 s., quiso escribir una crónica, no sólo de las pestes, sino también de las otras calamidades, pero su trabajo es por extremo incompleto; así, por ejemplo, ni siquiera se menciona la grande hambre de 1496 (cf. Matarazzo 49 s.). Massari 43 s., Coppi 47 s., Vita italiana I, 115 ss., Haeser III, 185 s., sólo tratan de enfermedades epidémicas. Es incomparablemente más rica, y abarca también las carestías y trastornos atmosféricos, la grande obra de Corradi, *Annali delle epidemie occorse in Italia dalle prime memorie fino all'anno 1850*, 8 vol. Bologna 1865-1894; cf. Arch. st. ital. 5. Serie, X, 422 ss. Sobre las epidemias, especialmente en lo que concierne á Roma, v. también nuestras indicaciones vol. II, p. 85 ss.; vol. IV, p. 25 s.

prendía á la sazón, y siguió entendiéndose largo tiempo, todo género de enfermedades contagiosas.

La miseria, séquito de las incesantes guerras, y el hacinamiento de gente en lugares angostos, principalmente en los cercos, muchas veces de larga duración, ocasionaban graves alteraciones en la salud pública, la cual corría aún mayor peligro por la falta de policía, y por la suciedad y mezquina alimentación de las clases pobres del pueblo. Además, el comercio poco vigilado con las provincias de Levante, constituía un perenne manantial de enfermedades infecciosas, que se derramaban por toda Italia y casi nunca se extinguían por completo, antes se iban infiltrando por doquiera casi constantemente (1).

Puede afirmarse que, en ninguna época de su Historia, fué Italia tan frecuentemente visitada de epidemias como en la decantada edad y dorado siglo del Renacimiento. El pavoroso cuadro de «El Triunfo de la muerte», de un artista contemporáneo, Pedro di Cósimo (2), estaba tomado del natural. A la manera de un fuego que ya arde calladamente, ya levanta claras llamas, se extendió aquella calamidad casi por todo el siglo xv y pasó al siguiente. Y no sólo fueron las grandes ciudades las que tuvieron que sufrir este azote de Dios: aun aldeas tan sanas y tan bien situadas como Orvieto, se vieron repetidas veces trocadas en montones de cadáveres que apestaban el aire (3). En asomando en un lugar la terrible enfermedad, no se hallaba otra solución que la fuga. En favor de los que se quedaban se creía por lo menos poder hacer algo, encendiendo grandes hogueras en los sitios públicos. Juntamente el espíritu religioso de aquel tiempo procuraba aplacar al Cielo con procesiones, rogativas y públicos ejercicios de penitencia. Imploraban particularmente la intercesión de la Santísima Virgen y de San Sebastián, cuyo patrocinio contra la peste fué reconocido desde muy antiguo por toda la Cristiandad. Muchos hermosos cuadros votivos, como v. gr., el fresco pintado en 1464 por Benozzo Gozzoli, en la iglesia de San Agustín de San Gimignano, se originaron en tiempo de semejantes calamidades. Con dificultad se explicaría, por sólo motivos de arte, la predilección de los artistas

(1) Cf. Reumont, *Kleine Schriften* 67.

(2) Descrito muy circunstanciadamente por Vasari; v. Woltmann, *Gesch. der Malerei* II, 184. Cf. *Jahrb. d. preusz. Kunstsamml.* VII, 42 ss.

(3) Véanse las listas de los muertos en el *Diario di Ser Tommaso di Silvestro*, que se publica en Orvieto desde 1891, y que comienza en el año 1482.

por San Sebastián, en cuya pintura rivalizaron maestros como Antonio Pollajuolo, Mantegna, Foppa, Perugino, Signorelli, Pinturicchio, Vecchietta y Benito da Majano; antes bien se debió al propio tiempo á la fe de los pueblos en la poderosa protección del Santo contra las enfermedades contagiosas. No menos fe se tenía en el valimiento de San Roque: en la bandera que pintó Rafael en su juventud, para la iglesia de la Santísima Trinidad de Città di Castello, vese á los dos Santos vueltos los ojos hacia la Trinidad beatísima, en ademán de pedir instantemente al Señor, proteja al país contra la peste y otras plagas (1). Es verdad que en algunas partes, enérgicas autoridades municipales y médicos inteligentes emplearon además precauciones humanas contra mal tamaño; mas estas providencias miraban sólo á la guarda y defensa de la propia localidad. El trabar general batalla contra calamidad tan espantosa, á nadie pasaba por las mientes. Aun cuando á fines del siglo xv se perfeccionó por no pequeña manera el sistema del acordonamiento local, se instituyeron en las grandes ciudades autoridades sanitarias, se erigieron hospitales para aislar á los apestados, se designaron médicos especiales para cuidarlos y se emplearon sistemáticamente los medios de desinfección, no decreció notablemente la extensión y la frecuencia de las epidemias (2). El ángel exterminador hallaba en el suelo de Italia, empapado en sangre, terreno abonado para su actividad asoladora. Recios eran los tiempos; apenas comenzaban los angustiados ánimos á respirar, mostrábanse de nuevo las señales precursoras, y harto conocidas,

(1) Passavant, *Raphael* I, 60-61 (edición francesa II, 7). Müntz, *Raphael* 81. Woltmann, *Gesch. der Malerei* II, 181. Graziani, *L'arte a Città di Castello* (Firenze 1899) tav. 40, 41, 49-52. De los cuadros, de que habla este autor, el de A. Pollajuolo se halla actualmente en Londres, el de Perugino (1505) está en Panicale, en la iglesia de S. Sebastián (la Arundel Society lo ha publicado en cromolitografía). En 1518, Perugino pintó un segundo S. Sebastián; atribúyesele un tercer cuadro (Nuestra Señora con S. Sebastián y S. Roque), que se halla en la sacristía de S. María Trastevere de Roma. La galería de Viena posee el S. Sebastián de Mantegna, con la designación del nombre del artista en lengua griega. El S. Sebastián de V. Foppa está en la Brera de Milán. El S. Sebastián, pintado por Fra Bartolomeo en 1515, ha desaparecido; v. Woltmann. II, 606. El S. Sebastián de Vecchietta para la catedral de Sena, se hizo en 1478. El de Benedetto da Majano se halla en la iglesia de la Misericordia, de Florencia (fotogr. Alinari nr. 4901).

(2) V. Uffemann, *Oeffentl. Gesundheitspflege in Italien*, artículo publicado en la *Vierteljahrsschrift für Gesundheitspflege* XI (Brunswick, 1879), 177. Cf. también Hörschelmann, *Ueber die groszen Epidemien in Italien während der Renaissancezeit*, en la *Allg. Zeitung* 1884. n.º 177 s. Suplemento.

del funesto azote. De todas ellas, la más indefectible y horrosa era el bubón negruzco debajo del sobaco ó en la palma de la mano.

Frente al espléndido cuadro de civilización que se desarrolla ante los ojos del espectador en todos los Estados de aquel desmembrado país, principalmente en Roma y Florencia, centros de la vida literaria y artística; «la peste, con sus horrores y las mil formas de miserias que traía consigo, parecía no sólo una sarcástica caricatura de aquellos días de esplendor y de toda magnificencia mundana, sino una inverosímil fábula fantástica de dantesca monstruosidad» (1). Pero las descripciones de los contemporáneos, los inacabables lamentos y las prolijas listas de muertos que consignan las crónicas, no dejan lugar á ninguna duda sobre la realidad de las desolaciones.

A la peste, que tan indeciblemente afligió á la Italia del Renacimiento, agregóse desde la expedición de Carlos VIII *la sífilis* (2). Ya conocida antes, esta repugnante enfermedad, que se manifestaba en nuevas formas y con la mayor violencia, alcanzó, en parte por efecto del notable crecimiento de la inmoralidad, una tan general extensión, cual nunca otra epidemia hubiera alcanzado anteriormente. A millares se veían inficionados por ella, y las narraciones contemporáneas trazan repugnantes pinturas de este contagio, que no perdonaba á ningún estado. Descríbese «como un mal terrible, espantoso, maligno, ponzoñoso, ante el cual retrocede de horror la Humanidad; como un padecimiento peor que la misma lepra, y á quien ninguna otra enfermedad puede disputar la primacía; que consume el cuerpo, deja exhausto el espíritu y convierte á los enfermos en vivientes cadáveres. La llaman una pestilencia cruel, horrible, impura y mortal; una sarna repugnante y venenosa y un objeto de horror, semejante al infernal cancerbero». El aspecto con que se presentaba entonces la enfermedad era de suerte, que apenas se pueden calificar de exageradas estas ponderaciones (3). Lo propio que en los demás países de Europa, se consideró también en Italia el nuevo mal como un justo castigo de Dios por los pecados de los hombres y por la gran corrupción de costumbres.

(1) Hörschelmann, loc. cit.

(2) Cf. más abajo, libro 2, cap. 4.

(3) Simón, II, 4-5.

La generalidad de la corrupción moral en la época del Renacimiento pertenece al número de aquellas afirmaciones históricas que se reciben con tanta facilidad como se emiten. Pero la investigación razonada y objetiva, al juzgar la moralidad y religiosidad de este período, ha de tomar en consideración, á par de las sombras, los lados luminosos, y conservar una conciencia clara de los límites del conocimiento histórico. No puede ponerse en duda que, en la época del Renacimiento, se realizó en muchos conceptos una poderosa mudanza en mal sentido; los espantosos acaecimientos y profundos trastornos como los arriba indicados, no podían dejar de ejercer un influjo perniciosísimo sobre la nación italiana. Pero todavía queda por averiguar, si está bien fundada la afirmación acerca de la fundamental é incorregible perversión y completa paganización de todos los aspectos de la vida.

Ya por sí mismo es extraordinariamente difícil pintar con toda fidelidad una época, en la cual se realizan las mayores mudanzas en todos los órdenes, y se manifiestan los más rudos contrastes, acentuados hasta el último extremo; pero todavía es mucho más difícil formar un juicio cabal sobre todo el conjunto de la moralidad y religiosidad de una época semejante. En cierto sentido llega esta empresa á los límites de lo imposible. Ningún mortal puede penetrar con sus miradas en las profundidades de la conciencia de otro particular individuo; ¡cuánto menos se podrá escudriñar de raíz la embrollada madeja de circunstancias atenuantes y agravantes, de las cuales depende el juicio equitativo del estado moral de toda una época! Semejantes cosas pueden, sin duda, investigarse hasta cierto punto; pero nunca llegarse hasta afirmarlas con absoluta seguridad.

Ante todo es necesario abstenerse, en semejante terreno, de la generalización de los juicios; pues, cuanto más claramente parecen hablar los testimonios históricos, tanto se impone más una gran parsimonia, por ser muy eventual que tales testimonios se apliquen enteramente á cada una de las clases de la sociedad (1). Cabalmente en lo tocante á la Italia del Renacimiento, las narraciones sobre la vida y conducta de los literatos y humanistas obtienen una preponderancia totalmente desproporcionada. Que en tales círculos, como generalmente en las clases altas de la sociedad, y en el mismo clero, se hubiera introducido en muchas partes

(1) Burckhardt, *Cultur*, II^o, 199.

una gran disolución de costumbres, está fuera de duda. Mas, sin embargo, la investigación imparcial ha de abstenerse de pintar el estado de cosas de la época del Renacimiento con colores de todo punto negros. Lo propio que en la Naturaleza, obran en todos los períodos de la Historia, á par de las fuerzas destructoras, asimismo otras conservadoras; y la actividad de estas últimas es mucho menos perceptible á los ojos del historiador, porque el bien no cunde tan ruidosa, violenta y sorprendentemente, como el mal. Un desenvolvimiento regular y pacífico, estimula menos la curiosidad que las súbitas y tormentosas infracciones del acostumbrado orden de cosas (1). Por esto, en los monumentos históricos de todos los pueblos, se halla descrito principalmente el mal; la virtud sigue sus tranquilas y calladas sendas, mientras el vicio y la inmoralidad meten mucho ruido. Todo el mundo habla de los viciosos y criminales, al paso que el hombre honesto cumple inadvertido sus deberes, y da poco motivo para que hablen de él. Si, pues, la descripción de un estado de cultura ha de corresponder á la verdad; á par de los elementos destructores deben asimismo tenerse en cuenta los conservadores; junto á las sombras se han de poner de manifiesto los puntos luminosos. En el pueblo italiano se imprimieron ambas cosas con especial resalte. Un político del siglo xv, en una muy exacta descripción de las notas patológicas de los pueblos civilizados de Europa, expresa su parecer sobre esto como sigue: «Entre los italianos no se halla nada mediano, ni en el bien ni en el mal; pero lo bueno prevalece» (2).

I

En la Edad Media las profundas convicciones religiosas habían formado la base del carácter italiano, y en las grandes masas se conservaron también durante la peligrosa época de transición del

(1) Cf. Kaufmann, Cäsarius von Heisterbach (2.^a edición, Colonia, 1862), 125.

(2) A. Marini (cf. nuestras indicaciones vol. III, p. 251 s.), Considerationes, publicadas por Thomas, Zur venet. Geschichtsforschung, en la Allg. Zeitung, 1876 n.º 358. Suplemento.

siglo xv (1). El influjo bienhechor de la Iglesia, por más que muchos de sus representantes estuvieran corrompidos, se mostraba de una manera imposible de desconocer, en todos los terrenos. Cuántas personas buenas y de provecho se hallaran todavía en medio de la fermentación y de los males producidos por las tormentas de la época y la agitación del Renacimiento, se percibe especialmente echando una mirada á *la vida de familia* de aquel período.

Cabalmente en la más civilizada de las regiones de Italia, en Toscana, el círculo de la familia ofrece, en general, una imagen harto satisfactoria; y aun cuando se descubren algunos daños, reina allí, sin embargo, comúnmente el orden y severa disciplina, el amor á la patria, el espíritu de sacrificio, el cuidado de la educación de los hijos, y una amorosa actividad maternal. Mujeres dignas y avisadas, cuyas imágenes comunican á los frescos de los pintores florentinos de aquella época un particular atractivo, velaban solícitamente por la conservación de la religiosidad y de las buenas costumbres. Por las amables biografías del ingenuo librero florentino Vespasiano da Bisticci, así como por el escrito de Jacobo de Bérgamo sobre las mujeres célebres de su tiempo, se viene en conocimiento de toda una serie de nobles representantes del sexo femenino (2); y que no están allí exageradas las alabanzas, lo muestran las correspondencias epistolares privadas de aquella época que felizmente nos han sido conservadas.

Son de inestimable valor, en este concepto, las cartas de la noble señora florentina *Alejandra Macinghi-Strozzi* (n. 1406 m. 1471). Al hojear aquellos papeles íntimos, la mirada penetra hondamente en la vida doméstica de la época, y parece como si leyéramos en el alma de aquella noble madre, duramente probada, cuya vida

(1) Concuerdan en este punto los sabios más importantes, de las más diversas opiniones, como Burckhardt, Reumont, Rösler, Gaspary, Müntz, Torracca y Guasti. Las pruebas más particulares se hallarán abajo en el curso de la narración; cf. también nuestras indicaciones vol. I, p. 151 ss. Stern I, 152. Prölsz I, 1, 20, 36. Gruyer 173. Vischer, Signorelli 125, 128. Gabotto, Un poeta beatificado (Venezia 1892) 7. Ciampi, Lorenzo il Magnifico e G. Savonarola (Estratto d. N. Antologia 1875, Gennaio, p. 14). Cesáreo en la misma revista, 1894, vol. 135, 102. D'Ancona, Varietà storiche II, 190. Lazzari 33 s. y Molmenti, Venezia (Firenze 1897) 224 s.

(2) Reumont en la Allg. Zeitung 1876, n.º 191, supl.; Lorenzo II, 326 y Kleine Schriften, 55 s. 64 s. Cf. Braggio en el Giorn. ligustico 1885, XII, 35 ss. y P. Bologna, Saggio di ricordi di donne fiorentine. (Per nozze.) Firenze 1896.

y actividad se consagró enteramente al bien de sus hijos, después que una temprana muerte le arrebató al marido. Los sufrimientos y las alegrías, las esperanzas y los desengaños de toda una vida, pasan ante los ojos del lector; y por todas partes se descubre un sentimiento profundamente religioso. Cuando Mateo, hijo de Alejandra, murió en el extranjero, escribe ella: «Ahora sé, pues, finalmente, que á 23 de Agosto le plugo á Aquél que me lo había dado, llamarle de nuevo á sí, hallándose con todos sus sentidos y en gracia, y con todos los Sacramentos que convienen en tal hora para un cristiano bueno y fiel. Es la mayor amargura que puede darse, perder un hijo semejante; aun fuera del amor filial, estimo que ha sido una grave pérdida la que habéis padecido vosotros, mis dos hijos sobrevivientes. Yo alabo al Señor y le doy gracias por todo lo que es su voluntad; pues sé que Dios ha conocido ser éste el tiempo más á propósito para la salud de su alma; en lo cual me confirma lo que tú me escribes acerca de la manera con que se ha dispuesto tan cumplidamente para recibir á la dura y amarga muerte. Y aun cuando en mi corazón siento un dolor cual nunca había sentido otro semejante, sirven, no obstante, para templarlo, dos motivos de consuelo. El primero haber él estado á tu lado; pues estoy cierta de que no le habrán faltado ni médico ni medicinas, ni cosa alguna de las que se pudieran emplear para devolverle la salud, y se habrá hecho todo lo posible para salvar su vida; y si no ha sido de provecho, es porque ésta era voluntad de Dios. Lo segundo que me consuela es, haberle otorgado el Señor, en la muerte, su gracia y las armas espirituales para reconocer sus pecados, hacer la confesión de ellos y pedir el Viático y la Extremaunción, como me dices que lo hizo, piadosamente, dejándonos una prenda de esperanza de haberle Dios recibido en su gracia. Y como yo sé bien que todos hemos de pasar por este trance, y el cómo nos está escondido, y es incierto si lo pasaremos de la misma manera que mi queridísimo Mateo,—pues unos mueren repentinamente, al otro le hacen pedazos, y algunos pierden á un tiempo el cuerpo y el alma,—procuro conservar la paz, atendiendo á que Dios pudo haberme enviado otra cosa todavía más acerba. Con tal, pues, que por su misericordia me conserve á vosotros, mis dos hijos, no me lamentaré yo más.» Algún tiempo después volvía á tratar de nuevo de aquella muerte, escribiendo: «Cuando nada podemos remediar, hemos de someternos con

humildad; Dios sabe lo que aprovecha á nuestra alma. Toma, pues, tú también paciencia, y ruega por él. Estemos preparados para otros sufrimientos, pues Dios nos visita y las personas de este mundo nos afligen asimismo. Es preciso estar dispuesto para todo y llevarlo todo con paz» (1).

Este género de profunda religiosidad no estaba limitado á las personas del sexo femenino, sino muchos varones lo demuestran también en las diversas situaciones de la vida. Cuán hermosa figura es la del rico mercader florentino *Francisco Datini* (m. 1410), amigo de Juan Dominici, el cual en su edad avanzada se retiró á su ciudad natal, y dejó toda su hacienda á los pobres de Cristo. La esposa de este tan activo como piadoso varón, animada de parecidos sentimientos, murió terciaria de S. Domingo. Otro carácter semejante á él, de los que en gran multitud produjo el siglo xv, á manera de contrapeso opuesto al espíritu del Renacimiento pagano, fué el florentino *Feo Belcari*. Lo propio que Datini, era también Belcari hombre de vida activa, que desempeñó algunos cargos públicos; en el verano de 1454 tomó asiento en la magistratura de los Priors, y asimismo desempeñó el cargo de empleado de la Deuda pública y murió en 1484. Son testimonios espléndidos del espíritu que animaba á esta parte más sana del mundo seglar, los edificantes escritos de Belcari, no menos que su correspondencia privada. El escrito que dirigió á su hija Órsola, que había entrado en el monasterio del Paradiso de Florencia, acerca de la humildad, es una de las perlas de la literatura espiritual de aquella época (2).

«La humildad, escribe Belcari, es una inefable riqueza y divino don. La humildad es el abismo de la propia abnegación, contra la cual nada pueden las potencias infernales; es una torre de fortaleza en presencia del enemigo. La humildad es divina protección y guarda, por la cual nuestra vista interior se vela de tal manera, que no advierte nuestras propias prerrogativas y virtu-

(1) Cf. Guasti, *Alessandra Macinghi degli Strozzi. Lettere di una gentil-donna fiorentina del sec. XV ai figliuoli esuli*. Firenze 1877. Reumont, *Kleine Schriften* 73-75. Müntz, *Hist. de l'Art* I, 15 s. J. del Lungo en *Vita ital.* I, 192 s., y D'Ancona, *Varietà storiche* II, 223 ss.

(2) Sobre Datini y Belcari, cf. Reumont, *Briefe* 82, 153 s., y Lorenzo I^o, 432 s. Sobre Belcari v. también Propugnati. XVIII, 2, y Rossi, *Quattrocento* 125, 418; sobre Datini, Guasti, *Ser Lapo Mazzei*, 1881, *Arch. stor. ital.* 4. Serie VIII, 390 s., y el *Discorso* de J. del Lungo. Prato 1897.